

Mi encuentro con Revueltas

Enrique González Rojo Arthur

Ingresamos Eduardo Lizalde y yo al PCM a principios de 1956. Formamos, con Joaquín Sánchez MacGrégor, la célula Carlos Marx. Nuestro grado de conciencia política era muy débil. Nuestra credulidad ilimitada. En lo que a mí respecta, y aunque les pueda parecer increíble a mis compañeros de hoy, me caracterizaba entonces por ser retraído y temeroso de hablar en público.

En las reuniones celulares permanecía las más de las veces silencioso sin tener el atrevimiento de decir esta boca es mía, esta opinión me pertenece, este punto de vista brota de mis entrañas. Eduardo, Joaquín y yo creíamos a pie juntillas las afirmaciones, los informes, la interpretación de los hechos o la versión de lo sucedido en el pasado que nos proporcionaba la dirección nacional, una dirección que no era sino la regencia encinista (el "estalinismo de huaraches" como la llamaba Revueltas) que se entronizó en el Partido desde 1940 hasta 1959. Nuestra situación cambió de golpe con la asignación de José Revueltas a la célula Marx. Abrimos de pronto los ojos. Revueltas traía consigo una interpretación distinta de la historia del PCM, de sus crisis, sus expulsiones. Caímos en cuenta de que el Comité Central fomentaba a lo largo y a lo ancho de la organización la ausencia de "memoria política", que decía el autor de *Los errores*. La célula Marx perdió, pues, la inocencia al incluir en su seno a una persona tan inquieta, atormentada y crítica como José. A Revueltas lo había conocido en 1951. En ese año mi abuelo cumplía ochenta años y sus familiares y amigos festejaron su cumpleaños en nuestra casa (Mayorazgo 715, en la Colonia del Valle). Entre los asistentes a la fiesta estaba José Revueltas, además de Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Alí Chumacero, y muchos otros escritores. Rememoro con toda nitidez que Revueltas discutía apasionadamente, en el *hall* de la casa, con Jorge Portilla y Emilio Uranga, y no sé si alguno más de los

hyperiones, acerca del marxismo y el existencialismo. Recuerdo incluso la frase lapidaria con la que, entre sardónico y provocador, Pepe dio término al debate: "lo que pasa con ustedes es que, aunque dicen haber leído a Hegel, no entienden nada de dialéctica". Creo que Revueltas no prestó atención al joven silencioso, de veintidós años, que, a su lado, bebía sus palabras. Yo había leído algo de Revueltas, había asistido al estreno del *Cuadrante de la soledad* y conocía, además, las opiniones de mi abuelo en extremo favorables a Revueltas. José había ingresado a las juventudes del PCM en 1930, aunque ya antes había trabajado en alguna de las organizaciones periféricas del Partido Comunista (como es el caso del Socorro Rojo). Le había tocado, por consiguiente, vivir la etapa de la clandestinidad del Partido (de 1929 a 1935) en que los comunistas se templaron y forjaron como militantes abnegados, comprometidos. Revueltas, como se sabe, estuvo dos veces en las Islas Marías (uno de sus libros *Los muros de agua* recogen una de estas experiencias) y se caracterizó en todo momento como un hombre de ideas, rectilíneo y apasionado. Cuando fue convocado el VII Congreso de la Comintern (que tendría lugar en Moscú en 1935) Revueltas formó parte, junto con Hernán Laborde, Miguel Ángel Velasco y otros, de la Delegación Mexicana. A los tres se debe la redacción de la Carta que, recogiendo los acuerdos de la Internacional, desencadenó un cambio político significativo en la línea del PC: el tránsito de la estrategia conocida con el nombre de "lucha de clase contra clase" a la del Frente Popular. José Revueltas jugó un papel importante, como uno de los dirigentes de la Juventud del Partido, durante el Congreso Extraordinario de 1940, que sustituyó a la vieja dirección de Laborde-Campa por la de Dionisio Encina. Revueltas me contó, inclusive, que de él salió la proposición (enhoramala, decía) de que Dionisio Encina ocupara el puesto de Secretario General del PCM. Pero José fue expulsado, con los demás miembros de su célula (la de periodistas José Carlos Mariátegui), y un número grande de miembros del D.F., en la purga de 1943. Formó parte después de los integrantes del grupo *El insurgente*; fue asimismo fundador y participante de la Liga Socialista Mexicana y de la Mesa redonda de los socialistas que tuvieron lugar por entonces. Fue finalmente, en compañía de Lombardo

Toledano y Enrique Ramírez y Ramírez, para no mencionar a otros, organizador del Partido Popular. Rompió con Lombardo y solicitó su reingreso al PCM en 1956. Al aceptársele, fue asignado, como dije más arriba, a la célula en que más que militar vegetábamos Joaquín, Eduardo y yo. José Revueltas influyó de tal manera en nosotros que convirtió la célula Marx en una especie de reedición, corregida y aumentada, de la célula José Carlos Mariátegui. De 1957 a 1960 dimos una lucha sin cuartel, primero en alianza con el Comité del D.F. contra la dirección estalinista de Encina, y después prácticamente solos (con la simpatía de otra célula y camaradas dispersos) contra el propio Comité del D.F., cuando éste, tras de entrar en componendas con el encinismo y obtener la venia de Moscú, se volvió contra la célula Marx.

No es este el sitio para hacer una reseña de la lucha interior, de ese mar tormentoso de pequeñeces, intrigas y marrullerías levantado por los burócratas estalinistas. Pero sí para mostrar las diferencias de carácter que existían y fueron desarrollándose al calor de la lucha entre José Revueltas, Eduardo Lizalde y yo.

Revueltas no era sólo un hombre apasionado y de principios, un espíritu crítico y rebelde, un comunista enemigo de las componendas y del pragmatismo inmediateista, sino, como varios de sus hermanos, un hombre de genio. No sólo de genio literario; fue, ciertamente, un gran cuentista y novelista; pero también un político -en el sentido más profundo del término- de niveles insospechados. Tenía la capacidad de penetrar la esencia de las cosas y el talento de ver a largo plazo. En las interminables discusiones teóricas que estallaban frecuentemente en la célula Marx, Revueltas era el que, las más de las veces, sugería el tema a tratar y el que, de manera apabullante y persuasiva, obtenía las conclusiones teóricas o prácticas que se derivaban lógicamente del intercambio de ideas. No era, sin embargo, un brillante expositor. Tampoco se caracterizaba por una gran agilidad mental. Nunca se distinguió por ser buen orador y en ocasiones parecía torpe y repetitivo. Eduardo Lizalde era la otra cara de la medalla. Su agilidad mental se lucía especialmente en las lides políticas y en los enfrentamientos teóricos. Durante la época a la

que estoy aludiendo, Eduardo era, por así decirlo, una caja de resonancia de las tesis, apreciaciones, puntos de vista de Revueltas. No es un accidente que José haya externado en diversas ocasiones que Lizalde era su *alter ego*. Eduardo volvía brillante, avasallador y convincente lo que resultaba torpemente dicho y esquemáticamente formulado por Revueltas. Recuerdo que en algún momento dije, o al menos lo pensé, que Lizalde era la agitación y Revueltas la propaganda. Hacían a no dudarlo una mancuerna temible para los burócratas estalinistas que no fue disuelta sino muchos años después.

Yo no tenía ni el talento incisivo y genial de Revueltas ni la brillantez y agilidad mental de Lizalde. No lograba en general penetrar en el fondo de las cosas y desde ahí vislumbrar las leyes de tendencia a la manera en que José lo hacía, ni sabía exponer esta intuición de Revueltas con la elegancia, amplitud y contundencia de Eduardo. Mi discurrir por los vericuetos de la teoría y de la lucha política era más cauteloso y amedrentado. La exacerbación de las contradicciones me producía perplejidad y me causaba dudas. Ante el pugilato de las tesis y la antítesis me sentía atraído por una síntesis que supuestamente superaría la conflagración y borraría las trincheras. Con frecuencia, cuando se polarizaba la discusión en la célula Marx, o entre esta última y alguno o algunos de los representantes de la Dirección Nacional o del Comité del D.F., intentaba comprender el punto de vista del adversario y, a partir de ello, proponer una solución que, sin contradecir las posiciones con las cuales coincidía -y que por lo general eran las de la propia célula- no se riñera antagónicamente con las del contrario. Un día, tras de una reunión en nuestro organismo de base, me quedé conversando con Revueltas, el cual, con la cordialidad de un camarada, me dijo: "Quiero, Enrique, hacerte una crítica. Se refiere a tu modo de intervenir en las discusiones. Dada tu preparación filosófica, tiendes a polemizar de manera más académica que política". "¿A qué te refieres, le dije. "A tu método -me respondió. Tú sostienes primeramente una tesis. De pronto te vas a escudriñar la posición opuesta. Y finalmente intervienes de tal modo que, en tu nuevo planteamiento, parece diluirse la línea demarcatoria que escindía

originalmente a los contrincantes". Como advirtiera José la enorme atención con la cual lo escuchaba, prosiguió: "Realizas, en una palabra, falsas síntesis que lejos de superar el problema lo agravan y alejan su solución. Tu estilo filosófico y académico de intervenir en las discusiones, debilita tu punto de vista (que frecuentemente es nuestra opinión) y se presta a la conciliación política. Hay que sostener con mayor firmeza nuestras convicciones".

Me quede pensando un buen rato en sus palabras y, no sin cierto esfuerzo, acabé por concederle la razón. En mi vida política posterior nunca olvidé esta crítica de José. Es una opinión que me ha servido de guía en momentos difíciles e incluso, no sé si para bien o para mal, es un criterio que me ha hecho permanecer en una posición resuelta, sin concesiones, contra puntos de vista equivocados que sostuvo posteriormente el mismo Revueltas en la Liga Leninista Espartaco.*

* Texto tomado de la *Autobiografía* de Enrique González Rojo Arthur, que puede consultarse en la página web www.enriquegonzalezrojo.com. Quienes se interesen por conocer las razones por las cuales José Revueltas fue expulsado de la Liga Leninista Espartaco, pueden hallar una información detallada en la misma *Autobiografía*. Los que tengan además el deseo de conocer la crítica que González Rojo lleva a cabo sobre las ideas centrales de Revueltas sobre el Partido, pueden consultar el capítulo "Comunismo" del texto *La idea del socialismo en México*, que se halla en la página web mencionada, en el área de Filosofía política.